

do se abrió la portezuela y un vigilante colocó á una pareja, un hombre y una mujer, muy gruesos, que se colaron de rondón. Iban á echar á andar. La lluvia había comenzado de nuevo á caer en menudas gotas, anegando el vasto campo tenebroso, que sin cesar atravesaban los trenes, cuyos vidrios alumbrados era lo único que se distinguía: una fila de movibles ventanitas. Algunos faroles verdes se habían encendido y varias linternas andaban de acá para allá rascando con el suelo. Y nada más, nada más que una inmensa oscuridad donde se mostraban solas las marquesinas de las grandes líneas, pálidamente alumbradas por un débil reflejo de gas.

Todo se había cubierto de sombras, hasta los ruidos enronquecían; no existía más que el trueno de la máquina, abriendo sus purgadores y arrojando chorros de vapor blanquecino. Inmensos nubarrones ascendían por el espacio, extendiéndose como un negro sudario, entre los cuales pasaban grandes humaredas venidas no se sabe de dónde. Cubrióse aún más el cielo, y una nube de hollín voló con dirección al París nocturno incendiado en sus luces.

Entonces el jefe de servicio levantó la linterna para que el mecánico pidiese vía. Sintieron dos silbidos, y allá abajo, cerca del puesto del guarda-aguja, desapareció la señal roja, siendo reemplazada por una luz blanca. De pie á la puerta del furgón, el conductor jefe aguardaba la orden de marcha, que al cabo transmitió. El maquinista silbó de nuevo y abrió el

regulador. Se marchaba. En un principio, el movimiento era insensible, luego comenzó el tren á rodar. Dirigióse hacia el puente de Europa y se sumergió en el túnel de Batignolles. Sólo se veía de él, sangrando como heridas abiertas, las tres luces posteriores, el triángulo rojo. Todavía pudo seguirse algunos segundos entre las tinieblas de la noche. Después huía sin que nada pudiese detenerlo, aquel tren lanzado á todo vapor. Había desaparecido.

II

En la Croix-de-Maufras, en un jardín, cortado por el camino de hierro, está colocada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que se quede grabada en la memoria; todas las personas que han desfilado por allí, saben que está en aquel lugar, aunque nada conozcan de ella; siempre cerrada, dejada como en abandono, con sus ventanas grises, reverdecidas por los chaparrones del Oeste. Aquello es un desierto; la casa parece aumentar más la soledad de aquel perdido rincón, separado de toda alma viviente, en una legua á la redonda.

Sola, la casa del guarda-aguja permanece allí, en un extremo del camino que atraviesa la vía y llega hasta Doinville, distante cinco kilóme-

tros. Baja, con las paredes agrietadas y las tejas cubiertas de musgo, ofrece un aspecto abandonado y pobre, en medio del jardín que la rodea, plantado de legumbres y cerrado por un seto vivo, en el cual se levanta un gran pozo, tan alto como la casa. El paso de nivel se halla entre las estaciones de Malaunay y Barentín, en la mitad del camino, á cuatro kilómetros de cada una de ellas. Es, por lo demás, muy poco frecuentada; la vieja empalizada, medio podrida, no se abre apenas más que para los carretones de las canteras de Becourt, en el bosque, á media legua. No podría uno imaginarse rincón más apartado de todo ser viviente, pues el túnel del lado de Malaunay corta todo camino, y no se puede comunicar con Barentín más que por un sendero descuidado, á lo largo de la línea. Raras, pues, son las personas que visitan estos sitios.

Aquella tarde, á la puesta del sol, con un tiempo muy nebuloso y desapacible, un viajero, que acababa de salir de un tren del Havre en Barentín, seguía con ligero paso el sendero de la Croix-de-Maufras. El país está formado por una serie continua de valles y de cuevas, una especie de elevación del suelo, atravesado por el camino de hierro, alternativamente, sobre terraplenes y trincheras. A los dos lados de la vía, estas quebraduras continuas del terreno, estas elevaciones y depresiones, acaban por hacer casi intransitables los caminos, y aumentan la gran soledad de aquellos parajes. Los terrenos, blan-

cuezcos, permanecen incultos; algunos árboles coronan las elevaciones de varios bosquecitos, mientras que á lo largo de los estrechos valles corren arroyos, sobre los cuales proyectan su sombra algunos sauces. Otras elevaciones grandes están absolutamente desnudas, sucediéndose los cotos estériles, en un silencio y abandono mortales. Y el viajero, joven, vigoroso apretaba el paso, como para escapar á la tristeza del crepúsculo, tan dulce en aquella triste tierra.

En el jardín del guarda barrera sacaba agua del pozo una muchacha alta, de diez y ocho años, rubia, fuerte, de labios grandes, ojos verdosos, frente estrecha y abundante cabellera. No era bonita; tenía muy sólidas las caderas, y los brazos duros como los de un mozo. En cuanto vió al hombre bajar por el sendero, soltó el cubo y corrió á colocarse delante de la verja que cerraba el seto vivo.

—¡Hombre! ¡Santiago!—exclamó.

El había levantado la cabeza. Acababa de cumplir veintiséis años, era de elevada estatura, muy moreno, hermoso muchacho de redondeado rostro, cuyas regulares facciones estaban estropeadas por unas mandíbulas demasiado desarrolladas. Sus cabellos espesos se ensortijaban, naturalmente, del mismo modo que su bigote, tan espesos y negros, que aumentaban la palidez de su rostro. Dijérase que era un caballero, al ver su fina piel y bien afeitadas mejillas, si no se viera de otra parte el sello indeleble del

oficio, las grasas que amarilleaban ya sus manos de maquinista, manos que, á pesar de todo, eran pequeñas y delicadas.

— Buenas tardes, Flora — dijo sencillamente.

Pero sus ojos, que eran grandes y negros, sembrados de puntitos color de oro, estaban como turbados por una humareda roja que los hacia palidecer. Los párpados se le abatían y los ojos se extraviaban revelando un malestar que rayaba en el sufrimiento. Y todo el cuerpo presentaba cierto movimiento instintivo de retroceso.

Ella, inmóvil, con los ojos fijos en él, había notado este involuntario estremecimiento, que trataba de reprimir, cada vez que hablaba con una mujer. La joven se mostraba también seria y triste. Luego, deseosa de ocultar su malestar, como él la preguntase si su madre estaba en casa, aunque de sobra sabía que estaba enferma é incapaz de salir, no respondió más que con un signo de cabeza, apartándose para que pasase sin tropezarla, y se volvió al poco sin pronunciar una palabra, con el talle erguido y altivo.

Santiago atravesó con paso rápido el jardín y entró en la casa. Allí, en medio de la primera pieza, una extensa cocina donde comían y vivían, hallábase sola la señora Eufrosia, sentada cerca de la mesa, sobre una silla de paja, con las piernas envueltas en un viejo mantón. Era aquella una prima de su padre, una Lantier, que le había servido de madrina, y que, á la edad de

seis años le había recogido en su casa, cuando su padre y su madre, huyendo á París, le habían dejado solo en Plassans, donde después había seguido los estudios en la Escuela de Artes y Oficios. Profesábala él gran reconocimiento, diciendo que á ella únicamente le debía el haberse abierto paso.

Cuando llegó á ser maquinista de primera clase, en la Compañía del Oeste, después de haber permanecido dos años en el camino de hierro de Orleans, había encontrado á su madrina, casada en segundas nupcias con un guarda-aguja llamado Misard, desterrado con las dos hijas de su primer matrimonio en aquel perdido rincón de la Croix-de-Maufras. Hoy, aunque contando cuarenta y cinco años apenas, la hermosa Eufrosia, en otros tiempos tan robusta, parece que tiene sesenta, delgada y amarillenta, sacudida por continuos calofríos.

Esta lanzó un grito de alegría.

— ¡Cómo! ¡tú por aquí, Santiago!..... ¡Ah! ¡qué sorpresa, muchacho!

Besóla él en las mejillas, explicándole que acababa de tener inopinadamente dos días de permiso forzado. La Lison, su máquina, al llegar por la mañana al Havre, se rompió una biela, y como la reparación no podía quedar terminada antes de veinticuatro horas, no reanudaría él su servicio hasta el día siguiente por la tarde, para el exprés de las seis y cuarenta. Con este motivo había querido abrazarla. Dormiría allí, y no saldría de Barentin sino en el tren de las siete y

veintiséis minutos de la mañana. Y conservaba entre sus manos las de aquella pobre mujer, diciéndole cuánto le había inquietado su última carta.

—¡Ah! sí, hijo mío, esto va mal..... ¡Qué listo has sido en adivinar mi deseo de verte! Pero ya sé hasta qué punto estás sujeto y no me atrevía á pedirte que vinieras. En fin, ya estás aquí, y ¡si supieses qué peso tengo en el corazón!

Interrumpióse la mujer para dirigir con miedo una mirada por la ventana. Bajo el aspirante día, al otro lado de la línea, veíase á su marido, Misard, en un puesto de vigilante, una de esas cabañas de tablas, enclavadas en el suelo cada cinco ó seis kilómetros y unidas por aparatos telegráficos, á fin de asegurar la buena circulación de los trenes. Mientras que su mujer, y Flora después, estaba encargada de la barrera del paso nivel, habían hecho de Misard un estacionario.

Como si hubiese podido oirla, bajó la voz en medio de un temblor convulsivo.

—¡Creo que está envenenándose!

Santiago se sintió sobrecogido al oír tal revelación, y sus ojos, al volverse también hacia la ventana, se nublaron por aquella singular turbación.

—¡Oh! tía Eufrasia ¡qué idea!—murmuró.— ¡Tiene un aspecto tan dulce y tan inofensivo!

Un tren que iba al Havre acababa de pasar y Misard había salido de su puesto para cerrar la vía detrás de sí. Mientras subía el barrote, po-

niendo en el rojo la señal, estuvo mirándolo Santiago. Era aquel un hombrecillo de malas trazas, pobre de barba y no más rico de cabellos incoloros, con una cara hundida y miserable. Con todo, mostrábase silencioso, tímido y nunca enfadado, con una cortesía exagerada en presencia de sus jefes. Había entrado en la caseta de tablas para inscribir en el horario la hora del paso y para tocar los dos botones eléctricos, de los cuales uno dejaba la vía libre al puesto precedente y el otro anunciaba el tren al puesto siguiente.

—¡Ah! no le conoces—repuso la señora Eufrasia.—Te digo que me está haciendo tomar alguna porquería..... Yo, que era tan fuerte y me lo hubiese comido, estoy supeditada á ese escrúpulo de hombre.

Ella se encolerizaba llena de sordo rencor y temerosa, y desahogaba su corazón, satisfecha de tener al fin á quien contar sus penas. ¿Dónde había tenido la cabeza para casarse con semejante socarrón, sin un cuarto, avaro, cinco años menor que ella y con dos hijas, una de seis años y otra de ocho? Diez años hacía que había hecho tan buen negocio y no pasaba una hora sin que se arrepintiese de aquella miserable existencia, de aquel destierro en un helado rincón del Norte, donde tiritaba, aburrida hasta morir, sin tener nadie con quien hablar, ni siquiera una vecina. El era un antiguo trabajador de la vía, que á la sazón ganaba mil quinientos francos como estacionario; ella, desde el principio, tenía

cincuenta francos por la barrera, de la cual estaba hoy encargada Flora; y allí se encerraban lo presente y lo porvenir; ninguna otra esperanza le quedaba como no fuese la de vivir y morir en aquel rincón á mil leguas de los seres vivientes. Lo que no contaba eran los consuelos que aún tenía, antes de caer mala, cuando su marido trabajaba en el balastre, y permanecía sola guardando la barrera con sus dos hijas; pues poseía entonces desde Rouen al Havre, en toda la línea, tal reputación de mujer hermosa, que los inspectores de la vía la visitaban de paso; hasta había rivalidades entre ellos; los capataces de otro servicio estaban siempre turnando, para redoblar la vigilancia. El marido no era un obstáculo. Deferente con todo el mundo, se deslizaba por todas las puertas, yendo y viniendo sin ver nada; pero aquellas distracciones habían cesado ya, y ella se pasaba en aquel sitio las semanas, los meses, sobre la misma silla, en aquella soledad, sintiendo descomponerse un poco más su cuerpo de hora en hora.

—Te digo—repitió para concluir—que es él quien se ha encarnizado contra mí, y acabará conmigo, aunque es tan pequeño.

El ruido de un timbre le hizo dirigir una mirada inquieta al exterior. Era el puesto precedente que anunciaba á Misard un tren que iba con dirección á París, y la aguja del aparato de vigilancia, colocada delante del cristal, se había inclinado en sentido de la dirección. Detuvo el timbre y salió para anunciar el tren con dos so-

nidos de bocina. Flora, en aquel momento, fué á empujar la barrera; luego se puso delante, con la bandera recta, en su vaina de cuero. Oíase el ruido del tren, un exprés oculto por una curva del camino, el cual se aproximaba con creciente rugido. Pasó como un relámpago, haciendo retremblar la casucha y amenazando derribarla en medio de un viento de tempestad. Flora volvió á sus legumbres, y Misard, después de haber cerrado la vía ascendente detrás del tren, fué á abrir otra vez la vía descendente bajando el barrote, para borrar la señal roja, pues un nuevo timbre, acompañado de la elevación de la otra aguja, acababa de advertirle que el tren que había pasado cinco minutos antes había salido del puesto siguiente. Volvió á entrar, previno á los dos puestos, inscribió el paso y esperó. Tarea siempre la misma que ejecutaba durante doce horas, viviendo y comiendo allí, sin leer tres líneas de un periódico, sin que pareciese siquiera que su oblicuo cráneo encerrara idea alguna.

Santiago, que otras veces daba broma á su madriña sobre el extrago que causaba entre los inspectores de la vía, no pudo menos de sonreírse diciendo:

—Bien puede ser que tenga celos.

Pero Eufrasia se encogió de hombros como con lástima, mientras que una sonrisa apareció irresistible en sus pálidos labios.

—¡Ah! ¿Qué estás diciendo, hijo mío?.... ¡Celoso él! Siempre se ha dado por muy satisfe-

cho desde el momento en que nada le salía del bolsillo.

Después, víctima nuevamente de su estremecimiento, dijo:

—No, no, á él no le importa eso, lo que le importa es el dinero..... Lo que nos ha enfadado, mira, ha sido que no he querido darle los mil francos de papá el año pasado, cuando heredé. Entonces, como me amenazaba, á causa de los disgustos caí mala..... Y el mal no me ha dejado desde entonces, sí, precisamente desde entonces.

El joven comprendió, y como creía serían ideas lúgubres de mujer enferma, trató de disuadirla. Pero ella se obstinaba, como persona cuya opinión está firmemente formada. Entonces acabó él por decir:

—Pues bien, nada hay tan sencillo como que todo eso concluya si Ud. quiere. Dele Ud. los mil francos.

Un esfuerzo extraordinario la puso en pie, como resucitándola.

—¿Los mil francos? ¡Jamás! Prefiero reventar..... ¡Ah! Están ocultos, bien ocultos. Aunque revuelvan toda la casa, creo que no los encontrarán..... Y bastante la ha revuelto el indino. Le he oído de noche golpear en las paredes. ¡Busca, busca! Aunque no fuese más que el placer de verlo alargar la nariz, me bastaría para tener paciencia..... Falta saber quién decaerá primero de los dos, si él ó yo. Estoy llena de desconfianza y no tomo nada de lo que él toca.

Aunque yo reventase, no tendría los mil francos. Preferiría dejarlos enterrados.

La mujer cayó de nuevo sobre la silla, sin fuerzas, sacudida por otro sonido de bocina. Era Misard, que desde el umbral del puesto de vigilancia, avisaba la llegada de un tren que iba al Havre. A pesar de la obstinación en que la mujer se encerraba de no dar la herencia, le tenía un secreto miedo, el miedo del coloso ante el insecto que lo roe. El tren anunciado, el mixto salido de París á las doce y cuarenta y cinco de la tarde, venía á lo lejos, produciendo un sordo ruido al rodar sobre los rails. Oíasele salir del túnel, resoplar más fuerte en el campo. Luego pasó con el trueno de sus ruedas y la masa de sus vagones, con la invencible fuerza del huracán.

Santiago, con los ojos levantados hacia la ventana, había mirado desfilas los vidrios cuadrados, donde se dibujaban perfiles de viajeros. Quiso desvanecer las ideas negras de Eufrasia, y repuso de broma:

—Madrina, se queja Ud. de no ver jamás ni un gato en este rincón..... ¡Pues ahí tiene usted gente!

Ella no comprendió en un principio.

—¿Dónde hay gente?... ¡Ah! sí, esos que pasan. ¡Vaya una gracia! No se les conoce ni se puede hablar con ellos.

Santiago se reía.

—Pues ya me conoce Ud. á mí y me ve pasar á menudo.

—A tí te conozco, y como sé la hora á que llega tu tren, te veo en la máquina. Tú no haces más que pasar. Ayer hiciste así con la mano, pero yo no pude contestarte..... No, no, esa no es manera de ver á la gente.

Sin embargo, esta idea de la oleada de gente que los trenes ascendentes y descendentes arrastraban cuotidianamente ante ella, en medio del gran silencio de su soledad, la dejaba pensativa, fija la mirada en la vía que iba borrándose entre las sombras de la noche. Cuando podía valerse, é iba y venía colocándose delante de la barrera, con la bandera empuñada, no pensaba jamás en estas cosas. Pero ensueños confusos, apenas formulados, le embrollaban la cabeza, desde que pasaba los días en aquella silla, no teniendo en qué pensar, sino en la lucha sorda que sostenía con su marido. Parecíale sarcástico vivir perdida en el fondo de aquel desierto, sin un alma á quien confiarse, cuando de día y de noche, continuamente, desfilaban tantos hombres y mujeres, en la tempestad de trenes, que conmovían la casa, huyendo á todo vapor. A buen seguro que todo el mundo pasaba por allí, no solamente franceses, sino también extranjerios, gentes venidas de las comarcas más lejanas, supuesto que nadie podía permanecer ahora en su casa, y que todos los pueblos, según se decía, no formarían pronto más que uno. Esto sí que era el progreso, todos hermanos, rodando todos juntos, allá abajo, hacía un país de Jauja. Ella trataba de contarlos, por término medio, á tan-

tos por vagón: había muchos, y no lograba su deseo. Frecuentemente creía reconocer algunas caras, la de un señor de barba rubia, un inglés sin duda, que cada semana hacía el viaje de París, y la de una señora morena, que pasaba regularmente el miércoles y el sábado. Pero pasaban como un relámpago, y no estaba segura de haberlos visto, porque todos los rostros se confundían como semejantes, desapareciendo los unos en los otros. El torrente corría no dejando huella de sí. Y lo que la ponía triste era que bajo aquel rodar continuo, bajo tanto bienestar y dinero que se paseaban, sentía que aquella multitud, siempre rugiente, ignoraba que ella estuviese allí, en peligro de muerte, hasta tal punto, que si su hombre acababa con ella alguna noche, los trenes continuarían cruzándose cerca de su cadáver, sin sospechar siquiera el crimen cometido en el fondo de su aislada casa.

Eufrasia se había quedado con los ojos fijos en la ventana, y resumió lo que experimentaba demasiado vagamente para explicarlo con detenimiento.

—¡Ah! es una hermosa invención, no se puede negar. Se camina con rapidez, sabemos más..... Pero las fieras salvajes siguen siendo fieras salvajes, y por más que se inventen máquinas mejores todavía, siempre habrá fieras salvajes.

Santiago movió otra vez la cabeza para decir que pensaba como ella. Hacía un instante que estaba mirando á Flora ocupada en abrir la ba-

rrera, delante de un carro de cantera, cargado con dos enormes piedras. El camino servía únicamente á las canteras de Becourt, de tal modo, que por la noche la barrera se cerraba con una cadena, siendo raro que hiciesen levantar á la joven. Viendo á ésta hablar familiarmente con el carretero, un jovencillo moreno, exclamó Santiago:

—¡Toma! ¿Está malo Cabuche, que su primo Luis guía las caballerías?... Madrina, ¿ve Ud. á menudo á ese pobre Cabuche?

Ella levantó las manos sin responder, lanzando un profundo suspiro. Aquello era todo un drama del otoño último, que no podía mejorarla: su hija Luisita, la menor, que estaba como criada en casa de la señora de Bonnehon, en Doinville, se había escapado una noche, loca, herida, para ir á morir en casa de su buen amigo Cabuche, en la que éste habitaba en pleno bosque. Habían corrido rumores, que acusaban de estupro al presidente Grandmorin; pero nadie se atrevía á repetirlo en voz alta. La misma madre, aunque supiese á qué atenerse, no quería tratar de este asunto. Sin embargo, acabó por decir:

—No, ya no viene, se ha convertido en un verdadero lobo.... ¡La pobre Luisita, que era tan mona, tan blanca, tan agradable! ¡Cuánto me amaba! ¡Qué bien me hubiese cuidado! Mientras que Flora ¡Dios mío! no me quejo, pero es muy terca y sólo quiere hacer su santa voluntad, y tiene un carácter muy violento.... Todo esto es bien triste.

Santiago, mientras escuchaba, seguía con los ojos el carro que, á la sazón, atravesaba la vía. Pero las ruedas se enredaron en los rails, y fué preciso que el conductor hiciese crujir su látigo, mientras que Flora excitaba las caballerías con sus voces.

—¡Diantre!—exclamó el joven—Dios quiera que no llegue un tren, porque los haría una tortilla.

—¡Oh! no hay peligro—repuso la señora Eufrosia.—Flora es temeraria algunas veces, pero conoce bien su oficio y abre el ojo.... Gracias á Dios hace cinco años no experimentamos accidente alguno. Antes fué atropellado un hombre. Nosotros no hemos sufrido más que el atropello de una vaca, que por poco hace desearrilar un tren. ¡Ah! ¡pobre animal! la cabeza se encontró en un lado, cerca del túnel, y el cuerpo en otro.... Con Flora puede uno dormir á pierna suelta.

El carro había pasado, dejando oír las profundas sacudidas de sus ruedas contra las piedras del camino. Entonces Eufrosia volvió á su constante preocupación: la idea de la salud, tanto en los demás como en ella.

—¿Estás completamente bien ahora? ¿Te acordarás de los padecimientos que tenías en nuestra casa y de los cuales nada comprendía el médico?

Santiago sufrió un desvanecimiento de la vista.

—Estoy muy bien, madrina.

—¡De veras! ¿Ha desaparecido todo? ¿Ese do-

lor que te atravesaba el cráneo por detrás de las orejas? ¿Los accesos de fiebre y la tristeza que hacía ocultarte como una bestia en el fondo de su guarida?

A medida que hablaba, turbábase más Santiago, víctima de un malestar, y acabó por interrumpirla, diciendo con voz débil:

—Le aseguro á Ud. que estoy muy bien, no tengo nada, nada absolutamente.

—¡Vamos, tanto mejor, hijo mío!..... No habría de curarme yo porque tú estuvieses malo. Además, es natural que á tu edad tengas salud. ¡Ah! no hay nada mejor que tener salud..... Te has portado muy bien viniendo á verme cuando podías haber ido á otra parte á divertirme. Comerás con nosotros y te acostarás arriba en el granero junto al cuarto de Flora.

Pero otra vez, un toque de trompeta le cortó la palabra. Ya era de noche, y al mirar por la ventana, sólo distinguieron confusamente á Misard hablando con otro hombre. Acababan de dar las seis, y dejaba encargado de su servicio al que lo reemplazaba de noche. Ya iba á quedarse libre después de las doce horas pasadas en aquella caseta, amueblada únicamente con una mesa donde estaban los aparatos, un taburete y un calorífero, cuyo calor demasiado fuerte le obligaba á tener casi siempre la puerta abierta.

—¡Ah! ya viene—murmuró la señora Eufrosia, llena de miedo.

El tren anunciado llegó, largo y pesado, con su rugido cada vez más perceptible. Y el joven

tuvo que inclinarse para que le oyese la enferma, conmovido por el estado miserable en que la veía y deseoso de consolarla.

—Escuche Ud., madrina, si verdaderamente tiene malos propósitos, tal vez lo detenga el saber que ando yo de por medio..... Haría Ud. bien en confiarme los mil francos.

Ella se rebeló otra vez.

—¡Mis mil francos! ¡ni á tí ni á él!..... ¡Te digo que prefiero reventar!

En aquel momento pasaba el tren, con su tempestuosa violencia, como si barriese todo delante de él. La casa retembló, envuelta en una oleada de viento. Aquel tren, que iba al Havre, llevaba muchos viajeros, pues el día siguiente domingo había una fiesta, el lanzamiento de un navío. A pesar de la velocidad, por las vidrieras de las portezuelas se habían podido ver las filas de las cabezas de los viajeros que llenaban los departamentos, filas que se sucedían, desapareciendo con rapidez vertiginosa. ¡Cuánta gente! ¡Otra vez la multitud, la multitud sin fin, en medio del rodar de los vagones, del silbar de las máquinas, del tictac del telégrafo y el tintineo de los timbres eléctricos! Aquello era como un gran cuerpo, un ser gigante acostado en tierra con la cabeza en París, las vértebras á lo largo de la línea, los miembros unidos por los topes y los pies y las manos en el Havre y en otras ciudades de llegada. Y aquello pasaba, pasaba, triunfal marchando con una rectitud matemática, en medio de la ignorancia voluntaria

de cuanto había de humano, en los dos lados del camino, la eterna pasión y el eterno crimen.

Flora entró la primera, encendió una lamparita de petróleo, sin pantalla, y puso la mesa. Nadie pronunció una palabra. Sobre el hogar calentábase una sopa de coles. Estaba Flora sirviéndola, cuando Misard entró á su vez, sin manifestar sorpresa por ver allí al joven. Tal vez lo había visto llegar, pero no se lo preguntó. Un apretón de manos, tres breves palabras, nada más. Santiago tuvo que repetir espontáneamente la historia de la biela rota, su idea de venir á ver á su madrina y quedarse á dormir allí. Misard se contentó con mover la cabeza, como si lo hallase todo perfectamente, y todos se sentaron, empezando á comer sin prisa y en silencio. Eufrasia, que desde por la mañana no había quitado los ojos de la olla donde hervía la sopa de coles, aceptó un plato. Su marido se había levantado para darle el agua de hierro, olvidada por Flora, una garrafa llena de clavos; pero ella no la probó. Misard, enclenque, con su maligna tos, no parecía observar las ansiosas miradas con que Eufrasia seguía sus menores movimientos. Como ella pidiese sal, que no había en la mesa, díjole él que tendría que arrepentirse de comer tanto, pues esto era lo que la ponía mala; y se levantó trayendo un poco en una cuchara, aceptándola ella sin desconfianza, porque la sal lo purificaba todo, según decía. Entonces hablaron del tiempo verdaderamente tibio que hacía aquellos días, y de un descarri-

lamiento acaecido en Maromme. Santiago acabó por creer que su madrina tenía pesadillas despierta, pues no sorprendía nada en aquel escrúpulo de hombre de indecisa mirada. Tardaron más de una hora en comer. Cuatro veces á la señal de la trompeta había salido Flora un momento. Los trenes pasaban sacudiendo los vasos sobre la mesa; pero ninguno de los convidados se fijaba en ello.

Un nuevo toque de trompeta se oyó, y esta vez Flora, que acababa de quitar la mesa, no volvió. Dejaba á su madre y á los dos hombres sentados á la mesa delante de una botella de aguardiente de cidra. Los tres permanecieron allí media hora todavía. Luego Misard, que hacía un instante había fijado sus ojos en un rincón de la estancia, cogió su gorra y salió dando las buenas noches. Merodeaba en los arroyuelos vecinos, donde había muchas anguilas, y nunca se acostaba sin ir á visitar el fondo de dichos arroyuelos.

En cuanto Misard se marchó, dirigió Eufrasia una mirada á su ahijado diciéndole:

—¿Le has visto? ¿Le has visto registrar con la mirada aquel rincón?.... Es que se le ha ocurrido la idea de que yo podía haber ocultado mi bolsa detrás del puchero de manteca..... ¡Ah! le conozco bien, estoy segura de que esta noche separará el puchero para verlo.

Su cuerpo se había cubierto de un copioso sudor y sus miembros se agitaban convulsos.

—¡Mira! ¡eso está ahí todavía! Debe haberme
I.